



El misterio de Chihuahua

I

Después de la muerte de mi madre, busqué por toda la casa, impelida por la sorda alarma de que se lo iban a llevar todo. Recuerdo que empecé por el guardarropa: estirándome bastante, bajé las cajas de sombreros y las pamelas (era mayo), tanteé después entre la ropa colgada, desordené los cajones. Buscaba, pero no sabía qué, o para ser más precisa, no era consciente de que estuviera buscando algo.

Ocurrió horas más tarde, cuando al caer en la cama abatida por el desamparo, aquel vapor de sueño de mi cabeza empezó a disiparse y comprendí al fin que mi madre había muerto, que yo necesitaba tocar objetos que me la devolvieran, investigar papeles que descifrarán su vida, recuperarla, retenerla, cuanto antes. Por eso, aun sin saberlo, quería encontrar la bolsa de plástico anudada, con un cartel dorado que decía: “Para quemar si muero. No leer”.

Sobre la colcha de ondas verdes, ésa fue la primera vez que la vi. Mi madre, sentada en la cama, sacaba papeles de ella, el pelo recogido en caracoles rubios, el pijama de seda estampada con pequeñas flores granate. Olía a cremas francesas. La trompeta de Miles sonaba como cargada de algo bello y profundo, y mi madre se veía tranquila, absorta, quizá sensual. La música y los aromas...

De pequeña, solía entrar en su cuarto cuando se arreglaba para salir a bailar. Creo que así fue como empecé a aprender lo intenso, lo feliz que era ser dueña de tu vida. Marvin Gaye, James Brown, Isaac Hayes. Aceite aromático en el baño de espuma. Yo me sentaba sobre la mullida tapa del báter a escucharla hablar de todas las cosas del mundo que iba conociendo mientras ella se ponía las largas y curvas pestañas postizas. Luego se enfundaba en sus vaqueros, y bailábamos un poco entre risas. Finalmente, llegaba el momento de la despedida: ella se envolvía en el abrigo, yo tiraba de él, y le decía “Quédate”, o “Llévame contigo”. Un amago de angustia boqueaba en los ojos de mi madre cuando se la llevaba el ascensor. Al cerrar la puerta tras de mí, me sentía culpable, pues sabía bien, de alguna manera, que no pasaba nada, que la libertad era algo que daba intensidad y felicidad a la vida, y que debía haber hueco para ella también. Además, por la mañana, en nuestras mesillas, encontraríamos una servilleta, suave y gruesa, con deliciosas almendras, o pequeñas sombrillas orientales de papel, rosas, amarillas, azules, que abrías y cerrabas hasta la carcajada.

La segunda vez que vi la bolsa, era yo quien escuchaba música. Los sábados, cuando mi madre se marchaba a vender parcelas al campo y vibraba la luz en su dormitorio, me ponía a bailar, sintiéndome libre, olvidada del tormento de mi cuerpo adolescente. A veces abría las puertas acolchadas de su ropero para contemplar las cosas en los espejos enfrentados, multiplicadas hasta el infinito. Y después repasaba su vestuario. Mi madre hacía viajes a Londres y París para comprar discos y ropa bonita, extravagante, que a menudo regalaba a ávidas mujeres de la jet set. Los modelos que quedaban, al cabo del tiempo se guardaban en el Cuartito, una habitación para la ropa, los bolsos y los zapatos, que estaba en la cocina, pues originalmente su función era la de alojar a alguien del servicio doméstico.

En el Cuartito (descubrí un día que miré bajo la cama), mi abuela escondía las cosas que se iba a llevar de la casa de su hija: bidones de aceite de oliva (menudo



derroche, comprar tanto aceite), un buda de porcelana traído directamente de China (no sé para qué quiere tantos), muñecas del mundo (esta niña lo rompe todo, mejor se las guardo yo)... Tenía un Cuartito ella también, en su propia casa, sólo que cerrado con llave y candado. Un cuarto por el que pasó el desaparecido Stradivarius de mi abuelo. Cuando nos invitaba a visitarla (me encantaban sus meriendas, y podía contemplar mis muñecas en la vitrina del salón, incluso pedir que me bajara una para tocarla) y tenía que entrar en su Cuartito para coger algo, yo luchaba por colarme en él, sin éxito. Ella era una fiera guardiana de su intimidad y yo una amazona demasiado joven. Adoraba a mi abuela. A veces me quedaba hipnotizada mirándola. Era una mujer increíblemente guapa. Había ganado un concurso de belleza aunque llegó arrastrada del brazo por una amiga, con su pelo negro, largo y ondulado, a medio secar porque llegaban tarde; y su vestido rojo de lunares, y sus dientes blancos como una mañana soleada, iluminando su preciosa sonrisa. Gracias al matrimonio había escapado de la miseria de una familia numerosa y de la austera brutalidad de un pueblo castellano. Al casarse con un Primer Violín de la Orquesta Nacional, creyó que encontraría un estatus donde ser admirada y cuando mi abuelo perdió el empleo, por la dictadura, y se vieron forzados al exilio, como buena superviviente, evolucionó la idea, y de la vida itinerante que se siguió, ella construyó su sueño: subida a los escenarios, junto a mi abuelo, deslumbrando a los extranjeros con su belleza española, supo que estaban destinados a ser estrellas de Hollywood, como le había ocurrido a Xavier Cugat, un compañero de profesión, con las películas de los hermanos Marx. No pudo imaginar que a mi abuelo no le interesaría la fama. Menos aún que la que llevaría la vida de estrella de cine sería mi madre, su patito feo, aquella niña a la que ella en realidad no pudo querer nunca, por más que mi madre lo deseara.

Alcé los ojos, uno de aquellos sábados, preguntándome si serían nuevos también los sombreros, y entonces volví a ver la bolsa. Cerré el armario.

II

Mi madre había sido educada para casarse, como ocurría entonces. Sólo que ella, a los dieciocho años, harta ya de coser y bordar, había sacado una pierna por encima de los geranios del balcón y había amenazado con tirarse si no la dejaban irse al extranjero a aprender inglés: no les costaría un céntimo, ya había hablado con una conocida de allí que la ofrecía trabajo de au-pair.

Al volver de aquel país oscuro, de lluvias tristes, familias tiranas e ideas democráticas, había aprendido a hablar inglés y taquigrafía. También, que la libertad de movimiento era una fuente de placer y de sabiduría, la llave para aprender cuestiones triviales y profundas, y se había dado cuenta de que su intuición la guiaba bien. Encontró trabajo de secretaria. Al poco tiempo, su jefe se dio cuenta de que tenía un don para tratar con la gente, y le asignó la tarea de vender parcelas y chalets en una urbanización. Al sueldo empezaron a sumarse sustanciales comisiones y se independizó de inmediato. En cuestión de semanas era millonaria, y así de rápido también forjó sin pretenderlo una especie de leyenda en vida, la de la vendedora más generosa del planeta, ya que invitaba a sus clientes a comer en un hotel de cinco estrellas, e incluso a veces les hacía regalos.



De esta época, sin embargo, lo importante no fue que se hiciera rica. Lo importante —y lo difícil de comprender, por absurdo— fue que su capacidad para mantenerse económicamente ahuyentaría de su lado a los hombres buenos. Y es que entonces los hombres buenos también se asustaban de las mujeres independientes y vitales. Mi madre, sin saberlo, sin modelos por los que guiarse, dudando, por tanto, de sí misma en ocasiones, tuvo el valor y la inteligencia necesarias como para buscar su camino, el estilo de vida que quería llevar. Decía que los hombres españoles creían que el aseo les hacía menos masculinos: usaban palillos ostentosamente, no se cambiaban de calcetines a diario, y hacían ruido al comer. Además, no quería vivir al servicio de la persona a la que amara y no entendía por qué las mujeres no podían ganarse la vida. Por todo ello, se casó un extranjero, un hombre de aspecto tímido y angelical, pulcro, y sobre todo un compañero, pues había sido educado en un país donde las mujeres no eran unas guarras si los muebles tenían polvo, ni unas zorras si usaban pantalones y aspiraban a tener un trabajo con sueldo. Aquel hombre había nacido en los Estados Unidos, un país donde la gente se duchaba todos los días porque las casas tenían de todo, y donde el trabajo y el dinero se repartía entre hombres y mujeres.

A pesar del “sueño americano”, la historia de James Z. Smith no era afortunada. Había ingresado en el ejército tras comprobar que como trompetista clásico y piloto de carreras no conseguía ganarse la vida. Asumió lo que allí es la opción de los pobres y se vino a trabajar como soldado a una base aérea de las que Franco le prestó al gobierno estadounidense. Para mi madre, la vida de española-casada-con-un-soldado-yanki trajo a casa un bienestar material jamás soñado. Teníamos los mejores electrodomésticos de la historia de la humanidad, esas máquinas indestructibles “Made in USA” de los años sesenta y setenta: licuadoras de doce velocidades; neveras que llenaban los vasos de los invitados con cubitos de hielo perfectos; los más potentes tocadiscos, televisores en color, relojes musicales, lavadoras que dejaban la ropa mullida como el algodón, y todo esto al alcance de cualquier bolsillo, porque los yankis además de producir bien habían dado a conocer la compra a plazos, el ábrete-sésamo de la economía doméstica, hazaña que les reportó el respeto de los ojos más clarividentes de la época.

El matrimonio arrojó otro hecho inesperado, aunque nada feliz: mi madre era, sin dudar, su compañera de día, pero de noche era su víctima. Aguantó tres años porque creía que estar casada era así. Sin embargo, su intuición, capaz de ignorar las tiranías de Lo Normal, le permitió separarse de aquel creyente que asumió la obligación de llegar virgen al matrimonio y que luego fue incapaz de superar veinte años de represión, por mucho que la viera sufrir. Un día mi madre le compró lo que él quiso vender a cambio de que se marchara. Quizá no fue tan fácil, pero el hecho es que al final él volvió a su país.

Y entonces *desapareció*.

Su madre escribía a la mía para preguntarle sobre el paradero de su hijo y la esposa respondía que le había acompañado al aeropuerto, que tenía que estar ya en su país. La Abuela Americana volvía a escribir, desquiciada, diciendo que nadie lo había visto, que mi madre mentía, que qué le había hecho. No sé bien cómo recibía mi madre estas acusaciones; en cualquier caso, contestaba con esforzada paciencia, reiterando la historia. A la Abuela Americana la ingresaron un tiempo después en un hospital



psiquiátrico. Aparentemente, una crisis de esquizofrenia la había alejado del mundo material para siempre. De su hijo no se volvió a saber.

III

A los ocho años de la desaparición de James Z. Smith, mi madre se presentó en la embajada de Estados Unidos para solicitar la viudedad. Para entonces era polígama de hecho, y le encantaba contárselo a la gente, a pesar de la dictadura franquista, o quizá por eso mismo. Se había vuelto a casar con otro extranjero, un filipino con antepasados vascos, guapo, coqueto y muy dulce, además de un buen amante. Mi madre pudo dejar sus heridas cicatrizar y abordar de nuevo la vida con su característica vitalidad. Con el tiempo, por desgracia, Rafael Zubizarreta también cayó en las redes del complejo machista que enseña que si una mujer mantiene económicamente la casa está humillando al hombre, y acabó dedicándose al ocio y la venganza. Cuando mi hermano tenía cuatro años, descubrimos que le robaba ropa, perfume y joyas a nuestra madre para dárselos a una amante, una chica de provincias ambiciosa, a quien veía en las largas fiestas nocturnas que se costeaba con el dinero de nuestra progenitora. Un día, oí gritos en el salón y al asomarme, vi trazarse en el aire, para mi asombro, un oscuro arco de café, que en el instante quedó impreso en el muro blanco como símbolo de la fugacidad de las cosas. Ella le había mandado que se fuera con viento fresco y él acabó casándose de penalti con la chica de provincias para convertirse al fin en un hombre de bien.

Pero antes de este desenlace, los oficiales de la embajada tras varios años de investigaciones, plantearon dos posibilidades sobre la identidad del desaparecido. Podía ser:

- a) un corredor de coches que después de un aparatoso accidente había muerto asfixiado, o
- b) el amnésico superviviente de una tragedia aérea en el Triángulo de las Bermudas, quien había rehecho su vida junto a una mujer con la que tenía ya tres hijos.

La investigación quedó interrumpida porque se acabó el dinero para financiarla, pero la embajada dio al fin por difunto a Mr James Z. Smith.

IV

Mi madre murió sola en un pasillo de hospital, por una cuestión de salud que no tenía por qué haberle costado la vida. Ocurrió después de una discusión familiar aquella misma tarde. Se había reproducido la misma situación que ella había vivido con su padre, y que la había marcado hasta el punto de que en casa estaba prohibido irse a dormir sin haberse reconciliado después de una pelea, por mucho enfado que pudiéramos sentir. Después de la Década de los Maridos, ella había seguido reteniendo su vitalismo, contra todo. Pero llegó un momento en que Todo se conjuró contra ella y le quebró algo por dentro. Algo crujió, como un palito, yo lo oí; y siete años antes de su muerte llegó un punto en que ella dejó de verme y yo no pude reconocerla. Aun así, sí



fue consciente de nuestra última discusión, y tuvo que morir sola en un pasillo sin que por última vez nos hubiéramos reconciliado.

Su muerte se lo llevó todo: ese infinito volverlo a intentar, la posibilidad. Sólido, se abrió un abismo bajo mis pies. Pasé siete años infernales, que arrojaron a mi favor (leer las consideraciones de Rafael Sánchez Ferlosio sobre la mentalidad expiatoria en *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*) el haber de dos poemarios y la siguiente pequeña receta:

1. Confiar: es posible salir del infierno.
2. “Pasará”: el dolor y el sufrimiento siguen ciclos y los momentos más duros llegan, pero también pasan.
3. No ponérselo difícil: no hay que proponerse misiones imposibles, ni se puede una juzgar con dureza cuando se está sufriendo.

En cualquier caso, tuve que recurrir a las drogas: en el verano de lo que resultaría ser mi último año de condena, atrapada y exhausta en mis propias redes, creí que ya no podría evitar matarme. Con el ímpetu de la desesperación, me presenté en la Seguridad Social, temblando, casi borrosa, medio oculta tras unas inmensas gafas de sol. Indolentemente alarmada, la señorita me proponía una cita para tres meses después. Tocaba, consecuentemente, suicidarse. No supe qué hacer. Sólo cabía en mi cuerpo la idea de que no podía más. Por suerte, la vida a menudo impone actos prosaicos en momentos de intensidad máxima y me vi llamando al psiquiatra de un seguro privado. Pude también llamar a mi hermano, para que me llevara en la moto y estuviera a mi lado, pues tenía miedo, miedo al profesional, por si no lo era, ya que yo estaba muy frágil y era agosto y todo estaba desierto, y miedo a que tampoco pudiera ayudarme. Me atendió un joven doctor que escuchó atentamente, y quien, para mi alivio económico, psicológico y emocional, tras una escueta evaluación general, abstracta: “Somos *pura química*”, me recetó las drogas que me sacarían de aquel pozo en seis meses. De mi querido Puqui, como le apodé, inmensamente aliviada y agradecida, tras la primera entrevista, aprendí que a veces los problemas se solucionan con una mera compensación química, lo que es mucho más fácil y eficaz que escribir poemas o hincharse a chocolate o patatas fritas viendo las películas de las cinco (formas indiscutibles de aniquilamiento).

A los cuatro meses de haber empezado el tratamiento, uno de esos días en los que te encuentras lo bastante fuerte como para recurrir a los recuerdos y lo bastante débil como para no hacerlo, saqué las cajas de fotos, y un maletín que había llenado desordenadamente el día en que abandonamos la casa de nuestra madre con papeles que no había vuelto a examinar. (La bolsa nunca la encontré.) Puse una cinta de Miles Davis y me instalé en la cama. Abrí el maletín. Había guardado los papeles pensando en hacer alguna vez un collage sobre el leviatán de deudas que se comió los últimos siete años de la vida de mi madre, pero no había podido. No podía *pensar* en ella. Ella me salía como una arcada en los poemas que escribía entonces, que aunque duros de sufrir, me mantenían, al menos, con las manos ocupadas en no matarme. El maletín estaba lleno de letras, papel grueso amarillento que olía aún a Chanel número cinco, con esa insistencia triste de los olores alegres que quedan atrapados en los objetos. El texto, en tinta negra, contrastaba con el granate de las filigranas. Me puse a ordenarlas con el criterio infantil de los tamaños y las fechas, sin prestar mucha atención, concentrada. Aparecieron unas



fotocopias sin interés artístico, y de pronto, como tesoro descubierto, un pliego con brillantes rayas azul celeste, amplios márgenes dorados y un sello de lacre rojo que fijaba una ancha cinta, verde y áspera, a una esquina. El colmo de la austeridad documental.

Divertida con el hallazgo, me serví un vino y me acomodé en el butacón. A medida que leía, aumentaba mi asombro. Sobre las firmas de mi madre y de su primer marido, se mencionaba el lugar de expedición: Chihuahua, México, y el año: 1966. Era un documento de divorcio.

V

Busqué en un atlas Chihuahua. Es un pueblo del desierto, situado al norte de México, cerca de Ciudad Juárez y de la fronteriza El Paso, en Texas. Probablemente de esos que tienen bolas vegetales rodando entre el polvo, horizontes que se deshacen en ondas, cárceles muy pequeñas y un representante de la ley corrupto. Un lugar hostil. Elección un tanto peligrosa, si se piensa, para que una mujer solicitara un divorcio.

Me esforcé por recordar alguna referencia a México en las narraciones de viajes de mi madre. Mi hermano y yo crecimos escuchando las anécdotas que contaba de sus dos vueltas al mundo. Jamás mencionó Chihuahua. De pequeña, cuando su padre tuvo que exiliarse, vivió en Hungría, Alemania y Argentina, y viajó por bastantes países europeos, bailando, como una niña gitana, al son de Sarasate y de Brahms. Ya de adulta, cuando tuvo dinero, siguió viajando: por los países occidentales para ir de compras, por los exóticos para alimentar su espíritu de aventura. Ahora, sin embargo, resultaba que en 1966, cuando mi madre, según sabíamos, le había pedido a su marido que la dejara y cuando éste lo había hecho, se había divorciado de él en Chihuahua... No podía creerlo. ¿Por qué no supimos de aquel divorcio? ¿Por qué no oímos nunca a nuestra madre hablar de un viaje a México? ¿Por qué Chihuahua?

Me cuesta contener la risa. Sé que no debería pasarme esto, pero me pasa. De todos los misterios que nos dejó nuestra madre, éste siempre me hace reír. Me produce un intenso y extraño sentimiento de alivio, como si perdida en el bosque oyera de pronto el grito de Robín. Me imagino la posibilidad más salvaje, lo proscrito. Imagino que quedaron en secreto en Chihuahua para divorciarse, que tras la firma de los papeles algo grave pasó entre ellos y que ella le mató, accidentalmente, en defensa propia. Sin odio, sin resentimiento, porque ella no podía matar ni a las hormigas del jardín cuando nos invadían (de eso se ocuparía mi hermano, pequeño y concienzudo). Imagino que ella consiguió salir de esa situación tan difícil. Y sé que desde 1966 hasta esos últimos años en que el mundo la abatió, feroz, fue todo lo libre que pudo y a menudo feliz, como pocas personas en el mundo.

Y bueno, mientras observo lo dorado y ligero que es el champán, hoy que es mayo, este denso coágulo de dolor y desamparo que me dejó su muerte se va disolviendo, y pienso que si ella regresara –algo que no le sucede a los muertos según me consta–, brindáramos, entre risas, por el indescifrable misterio de Chihuahua.